Del plano cartesiano de las almas

Isaac Wladimir 2do Fragmento

16 de julio de 2026

Al explorar la posibilidad de unos límites que se extienden sobre el plano cartesiano de la realidad, podemos suponer que en el tejido cósmico habitan múltiples circunstancias posibles.

Consideremos a dos hermanos gemelos. Hasta cierto instante de su gestación, ambos comparten dimensiones casi exactamente iguales de la realidad —aunque acaso la palabra *exactamente* encierre una desmesura—. Son los mismos sus antepasados, el lugar de su concepción, el cortejo de sus padres, las comidas que precedieron al encuentro de su madre y aun el perfume que un tatarabuelo remoto impregnaba en las pieles destinadas a la venta. Esas circunstancias, innumerables y olvidadas, son escandalosamente las mismas.

Pero llega un momento crucial: una célula se divide. Desde entonces, sus dimensiones corporales se bifurcan y aparecen dos vértices distintos en el universo.

Quiero proponer que, así como la interacción física con la materia afecta el cuerpo del individuo, la naturaleza esencial de las cosas —su alma— afecta el carácter ideal del sujeto; es decir, su espíritu.

Veo a los gemelos comiendo en el patio de la escuela. Los dos comen fragmentos de una misma manzana, que su madre cortó y guardó en dos loncheras de Spiderman durante la mañana de un día de primavera de 2016, en algún país de América del Sur.

El primer gemelo abre su tarrina de plástico y percibe el olor de la manzana, añejada por las horas. Su pensamiento divaga hacia un ejercicio de matemáticas en el que las divisiones se explican mediante las partes de una fruta. Se lleva a la boca el trozo dulce y siente aquella sustancia arenosa que le recuerda unas vacaciones pasadas, un viaje familiar y la visita al mar.

El segundo gemelo abre una tarrina semejante a la de su hermano. Percibe el olor de la manzana oxidada por la lenta descomposición de sus células. Fija la mirada en la cáscara roja, salpicada de manchas amarillas, y observa el borde marrón que empieza a aparecer allí donde, unas horas antes, su madre había hundido el cuchillo. Mastica el fragmento y siente la irrupción del jugo. Le recuerda a la sidra que guarda el refrigerador de su casa, aunque, de alguna manera que no sabría explicar, la manzana le gusta más.

Ambos han experimentado, en apariencia, un mismo acontecimiento. Sin embargo, las ideas impregnadas de recuerdos, memorias y olvidos han hecho que sus experiencias subjetivas sean distintas.

Puedo afirmar, por lo tanto, que, aunque el resultado sea casi imperceptible en sus cuerpos, en sus almas los límites se han modificado. Sus espíritus han adquirido otros colores, otras formas, otros olores y otras texturas; acaso también otros mundos, otros tiempos, otros contextos y otras conciencias.

Afirmar que los gemelos viven en mundos distintos parece, a primera vista, insensato. Para sostenerlo tendría que suponer que, así como existe un plano cartesiano para los cuerpos, existe otro para los espíritus. Este segundo plano, aunque más exquisito en su sustancia, no sería menos riguroso en sus limitaciones.

La materia ocupa un lugar mediante la extensión. El espíritu, en cambio, parece ocuparlo mediante la diferencia.

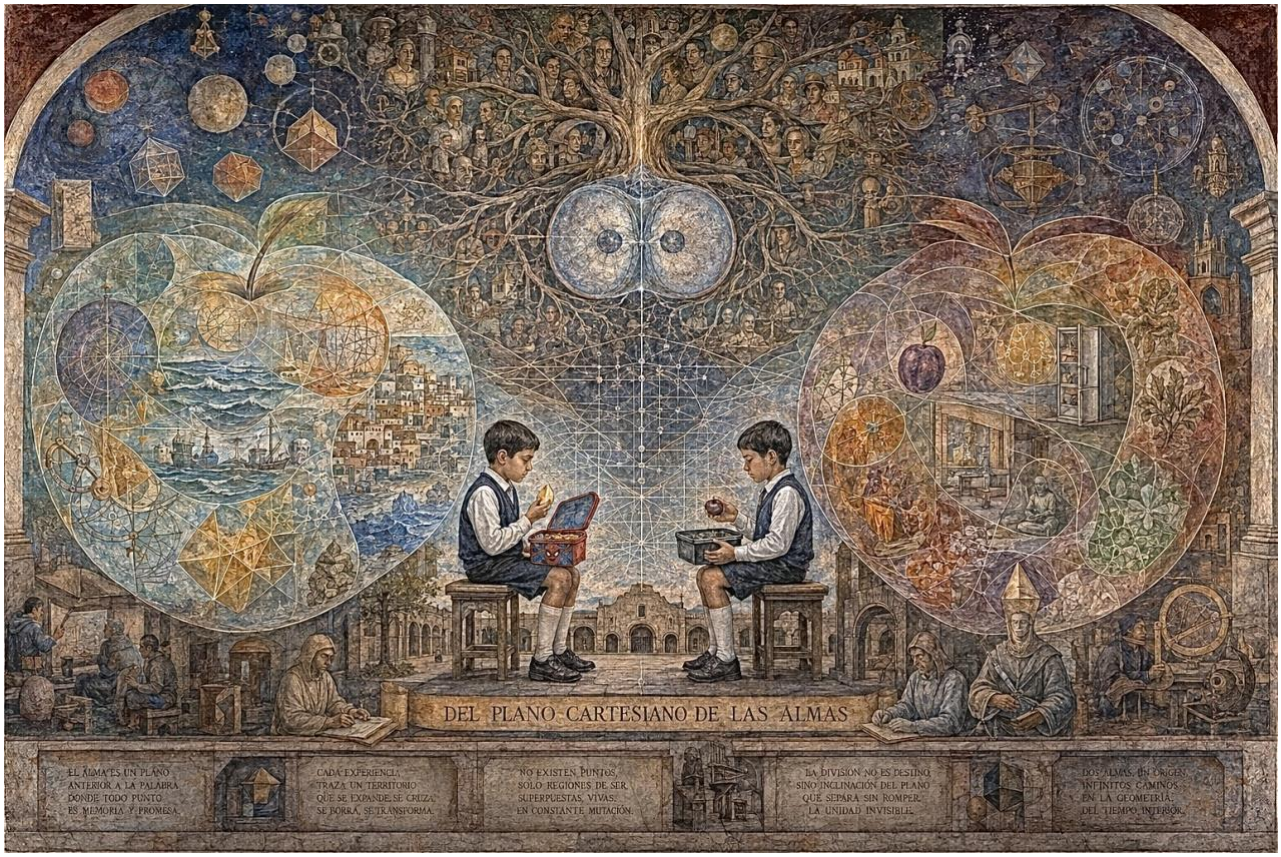
Cada percepción desplaza sus coordenadas. Cada recuerdo ensancha una región y clausura otra. Cada olvido borra un camino que acaso nunca volverá a ser transitado. La manzana del primer gemelo no es, en sentido estricto, la manzana del segundo. Una está hecha también del mar, de una división matemática y de la arena de unas vacaciones; la otra contiene una sidra futura, un refrigerador y la contemplación minuciosa de la podredumbre. La materia de ambas frutas puede ser común; su forma ideal no lo es.

Esto exigiría la preexistencia de ciertas leyes de la conciencia. Sin ellas, el ser humano —y quizá las demás sustancias del cosmos— no podría habitar coherentemente el mundo de las ideas. La conciencia no sería entonces una creadora absoluta, sino una fuerza sometida a una geometría anterior: una geometría que permite la variación sin consentir el caos.

Me permito, pues, representar el plano cartesiano de la realidad platónica del universo.

Debo comprenderlo a partir de las ideas humanas, porque únicamente a ellas puedo acceder mediante mi alma. Si yo perteneciera a otra sustancia —si fuera animal o

mineral —, mis postulados podrían variar. Quizá el mineral conociera un espacio inmóvil; quizá el animal habitara coordenadas de hambre, amenaza y deseo.



En el gráfico, la idea de la manzana no ocupa un punto, sino una región irregular. Dentro de ella se cruzan la idea del fruto, la idea de la arena, la idea de la división y la idea de aquello que todavía no sabemos nombrar. Esas regiones se superponen sin confundirse enteramente. Cada conciencia atraviesa algunas y deja intactas las demás.

El plano cartesiano del primer gemelo sería, por ello, irrepetible.

Podríamos copiar sus recuerdos, reproducir sus alimentos, reconstruir la mañana, la escuela, la lonchera y la manzana. Podríamos incluso repetir la posición de cada átomo. No conseguiríamos, sin embargo, recuperar el punto exacto desde el cual contempló el universo. Esa coordenada dependía de todas las coordenadas anteriores y también de los olvidos que habían comenzado a borrarlas.

Llamo *alma* a esa forma secreta de la posición.

Llamo *destino* a la línea que deja al desplazarse.